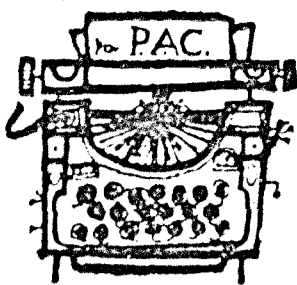


El barco negro



— En varias ocasiones había escuchado alusiones a esta leyenda en boca de viejos marinos del Lago. De alguna lancha con las velas muy viejas y rotas decían, por ejemplo: "Parece la negra". De algún marino barbudo y sucio: "Ese se escapó de la lancha negra". O de algún preguntón del pasaje, de esos que llevan miedo y por las ganas de llegar van preguntando dónde queda el puerto, no era difícil oír decir: "¡Parece del barco negro!"

—¿Qué es eso del barco negro? —pregunté. Y el timonel, isleño de Ometepe, hombre de pocas palabras, me contestó: —El que no lo ha visto es porque no quiere. Y al cabo de un rato, como haciéndome el favor de una amplísima explicación, agregó: —Es una maldición.

Fue una vieja zapatera, partera y conversadora la que una vez me contó la historia. Estiró los labios señalando hacia las islas del Arrayán. —Por ahí fue— me dijo. —De eso hace tiempos. Uh! Tal vez ni mi abuela había nacido. Cruzaba una lancha de Granada a San Carlos y cuando viraba cerca de la Isla Redonda le hicieron señas con una sábana.

La vieja encendió un puro. —Yo no sé si es cuento —me advirtió— pero que hay corazones de piedra, los hay. Cuando los de la lancha bajaron a tierra sólo ayes oyeron. Las dos familias de la isla, desde los viejos hasta las criaturas se estaban muriendo envenenadas. Se habían comido una res muerta picada de Toboba. —¡Llévennos a la ciudad!, les dijeron. ¡Llévennos! —El capitán preguntó: —¿Quién paga el viaje? —No tenemos centavos, dijeron los envenenados, pero pagamos con leña, pagamos con plátanos. —¿Quién corta la leña? ¿Quién corta los plátanos?, dijeron los marinos. —Llevo un viaje de chanchos a Los Chiles y si me vuelvo se me mueren sofocados —dijo el capitán. —Pero nosotros somos gentes —dijeron los moribundos. —También nosotros —contestaron los lancheros. —Con esto ganamos la vida. —¡Por Diosito!, gritó el más viejo, ¿no ven que si nos dejan nos dan a la muerte? —Tenemos compromiso —dijo el capitán— y se volvió con los marinos y ni porque estaban retorciéndose tuvieron lástima. Allí los dejaron. Pero la abuela se levantó del tapesco y a como le dio la voz les echó la maldición: —¿Como se les cerró el corazón se les cierre el Lago!

—Esa es la historia que me contaron por el lado de Chontales, dijo la vieja zapatera, encendiendo de nuevo el puro. —Dicen que los lancheros cogieron altura buscando San Carlos y que entonces perdieron tierra. Creyeron que había neblina y corrieron el viento, pero no veían costa. Ni los cerros veían. Ni vieron más las estrellas. Tienen años, dicen que siglos, de andar perdidos. Y el barco está negro, las velas podridas y las jarcias rotas. Muchos lo han visto. Allá, arriba de Ometepe, contaba Celso Potoy que se topó con el barco negro y que los marinos barbudos y andrajosos le gritaron: —¿Dónde queda San Jorge? —¿Dónde queda el puerto?... pero el viento se los lleva y no ven tierra. Están malditos".

He recordado esta leyenda que oí de muchacho, inesperadamente, cuando me disponía a escribir mi editorial. Se me ocurrió entonces estudiar en ella la ingenua moraleja de su maldición. Nuestro pueblo lacustre —pensé— ha creado una parábola marinera para castigar la dureza de corazón. Ha opuesto al interés y al negocio, el deber de solidaridad humana. Ha condenado —como en el Evangelio y con un sentimiento evangélico— a quienes prefieren sus cerdos a los hombres.

Pero, a medida que repasaba el sencillo relato, se me imponía la angustia de esos tripulantes condenados a navegar sin rumbo y sin destino porque su egoísmo les había reducido la visión de sus ojos y ya nunca verían el puerto, ni siquiera las costas lejanas, ni siquiera las estrellas.

Y me dije a mí mismo: ¿No es éste el caso de toda política, de toda economía, de toda estructura social basada en el egoísmo? —¿Puede el barco de un país dejar que su tripulación anteponga el negocio, el apetito de lucro, el privilegio, a la necesidad del pueblo y su justicia sin convertirse en "barco negro", sin rumbo y sin destino?

Algunos de los que van en el barco quizás todavía sonrían, haciendo cuentas de su buena fortuna, sin volver el rostro a los que quedaron abandonados a su suerte. Pero hay otros que buscan las costas y no las ven. Y cada vez son más los que se angustian al no mirar tierra ni estrellas. Y oímos, como Celso Potoy, sus voces en la alta noche preguntando:

—¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia dónde?